

EXPERIENCIAS

LA REFORMA DEL CARMELO

Hna. María José
Pérez González, OCD*

La tarea fundacional que la Madre Teresa de Jesús (1515-1582) lleva a cabo, se inscribe en el movimiento general de reforma de la Iglesia y concretamente de las órdenes religiosas potenciado por el Concilio de Trento. En ese sentido, ha sido vista siempre como un ejemplo de reformadora. Pero lo cierto es que su obra rebasa con mucho la simple renovación de algo existente. Como señala Otger Osteggink, «la nueva forma de vida carmelitana, [...] más que de reforma, debe calificarse de obra creadora y fundadora»¹.

Teresa de Jesús vivió durante 27 años en el monasterio carmelita de la Encarnación de Ávila. Aunque era querida por las hermanas y valorada por la sociedad abulense que acudía a visitarla en busca de entretenimiento espiritual, llegó un momento en que el estilo de vida que llevaba se le volvió insustancial y vacío: “de-seaba vivir, que bien entendía que no vivía, sino que peleaba con una sombra de muerte” (V 8,12).

Ante la imagen de «un Cristo muy llagado» se desmoronaron sus resistencias. Más adelante, las gracias místicas serían estímulo para responder con amor a tan-

* Es carmelita descalza española, licenciada en Filología Hispánica y diplomada en Ciencias Religiosas. Con su comunidad de Puçol, ha participado en la redacción de cuatro antologías comentadas de los libros principales de Teresa de Jesús. Desde 2013, está a cargo del blog Teresa, de la rueda a la pluma, dedicado a divulgar la figura de la santa en internet.

¹ OSTEGGINK, Otger, *Arraigo e innovación*, B.A.C., 1976 p. 185.

to amor recibido. Teresa buscará siempre comprender lo que experimenta (he ahí un rasgo de su modernidad) y la escritura, junto con el acompañamiento espiritual, le ayudarán a discernir su camino. La oración, como encuentro de amistad con Dios, pasa a ser su principal centro de interés.

En una ocasión, mientras oraba, a Teresa le pareció verse «metida en el infierno». Esta experiencia la vive como una primera llamada fuerte al compromiso, desde la certeza de saberse salvada: «de dónde me había librado su misericordia» (V 32, 3). Por tanto, será un acontecimiento lleno de fecundidad en sus efectos, que la llevará a vivir radicalmente: «no nos contentemos con menos de hacer todo lo que pudiéramos de nuestra parte» (V 32, 7). Será necesario un nuevo contexto en el que poder vivir según ese deseo que ya no la abandonará jamás. Es el germen de su obra fundacional.

En Teresa hay también un fuerte impacto de los males que sufre la Iglesia de su tiempo, enfrentada en luchas de religión. ¿Qué podía hacer ella? La violencia de las armas se le presentaba como un callejón sin salida: «... se ha pre-

tendido hacer gente, para si pudieran a fuerza de armas remediar tan gran mal» (C 3, 1). Una frase que tacharía el censor.

Ella descubre que su mejor aportación a la Iglesia, al mundo, será vivir su identidad de amiga de Dios, una identidad que experimenta como llamada, y que compartirá con las hermanas que pasarán a formar parte de sus comunidades. La amistad-oración será así eje vertebrador de su proyecto, lo “poquito” que ellas podían hacer en un mundo en el que la mujer no contaba.

La comunidad de San José de Ávila

Cuando, en una velada de amigas en su celda, en el otoño de 1560, se plantea la posibilidad de fundar un monasterio pequeño para vivir “a la manera de las descalzas”, Teresa acoge la idea como posibilidad de iniciar un modo de vida nuevo basado en la regla primitiva del Carmelo. Más adelante, sentirá que el propio Cristo se lo pide repetidamente, y se pondrá manos a la obra. Descubre la necesidad de fundar en pobreza, sin renta, para ganar libertad y vivir más fielmente el seguimiento de Cristo, y esto le

ocasiona muchas críticas y persecuciones, pero no cede. Tendrá que poner el monasterio bajo la obediencia del obispo, porque el provincial del Carmen no admite la fundación. Así nacerá el primer convento, San José de Ávila, en el que entraron, el 24 de agosto de 1562, cuatro novicias. La Madre se uniría días después, en cuanto le fue permitido abandonar su monasterio de la Encarnación.

¿Qué rasgos tiene el proyecto teresiano? En primer lugar, el grupo de hermanas se entiende a sí mismo como pequeño Colegio de Cristo. En torno al “Señor de la casa” gira la vida de la comunidad, convocada por Él.

Son pocas (al principio, solo doce y la priora; luego se amplió, pero siempre conservando el carácter de grupo reducido), con la finalidad de poder establecer entre ellas relaciones de familia, que todas puedan conocerse en profundidad e interactuar. La casa sería sencilla, pobre, aunque con la suficiente amplitud para que se pudiera desarrollar bien la vida comunitaria. Teresa deseaba que, siempre que fuera posible, tuviera huerta, para el esparcimiento de las hermanas, y ermitas, donde pudieran retirar-

se, de vez en cuando. Se busca combinar la soledad y el encuentro con el otro: «el estilo que pretendemos llevar es no solo de ser monjas, sino ermitañas» (C 13, 6). Eso sí, ella siempre buscó que sus conventos estuvieran en núcleos urbanos, para tener acceso a las limosnas que, junto con el trabajo manual, les permitirían sostenerse. Así no tendría que depender de señores que costearan su mantenimiento a través de renta -algo que finalmente admitió cuando cambiaron las circunstancias económicas. Además, la ciudad permitía el contacto con el mundo de la cultura, y facilitaba las comunicaciones, algo esencial para ella.

Todas deben colaborar en las tareas domésticas: «la tabla de barrer se comience desde la madre priora». No habrá privilegios en cuanto a la comida, salvo por razón de enfermedad de las hermanas. Ninguna será tratada de “doña”. La propia Teresa fue llamada: doña Teresa de Ahumada hasta que pasó a abrazar el nuevo estilo de vida en San José. Desde entonces, se llamó “Teresa de Jesús”.

Se fomenta el trato de amistad, el cultivo de cualidades humanas: «procurad ser afables», «todas han de ser amigas».

Teresa defiende la práctica de la oración mental también para la mujer, para sus monjas: Se enfrentará a la opinión mayoritaria de los teólogos católicos de su tiempo, que desaconsejaban la llamada “democratización” de la oración mental, y según los cuales, las mujeres solo podían practicar las oraciones vocales, porque «les podrán venir ilusiones» (C 21, 2).

Para que no se cayera en “devociones a bobas”, las Constituciones recalcan la importancia de la lectura y piden a las prioras que se preocupen de que «haya buenos libros».

También dará mayor importancia a la práctica de la virtud que al rigor de la penitencia. La comunidad se rige por el amor. En él se basa toda obediencia: “Procure ser amada para que sea obedida”.

Se potencia una “santa libertad”. La priora no es dueña, sino servidora, y ha de respetar el ritmo de cada una: «No ha de pensar la priora que conoce luego las almas. Deje esto para Dios, que es solo quien puede entenderlo; sino procure llevar a cada una por donde Su Majestad la lleva, pre-

supuesto que no falta en la obediencia ni en las cosas de la Regla y Constitución más esenciales» (F 18, 9).

La comunidad es contemplativa y misionera, con profundo sentido apostólico. Por ello, Teresa procuraba que sus monjas «se aficionasen al bien de las almas y al aumento de su Iglesia» (F 1, 6).

Junto a las dos horas de oración mental, Teresa, siempre buscando el equilibrio, establece también dos horas de recreación comunitaria. Ella trasvasó a sus comunidades su mismo espíritu festivo. Su enfermera Ana de S. Bartolomé decía que «no era amiga de gentes tristes, ni lo era ella, ni quería que los que iban en su compañía lo fuesen. Decía: *Dios me libre de santos encapotados*».

El proyecto teresiano pone gran énfasis en la clausura, pero entendida no ya como reclusión sino como espacio de libertad, que, entre otros beneficios, evitaba intromisiones de fuera: de familiares influyentes, de eclesiásticos con afán dominador, de nobles caprichosos. La clausura es expresión del deseo, en lo íntimo del ser, de vivir libre de todo lo que la esclaviza.

Aumenta la familia

El testimonio del misionero franciscano Maldonado, discípulo de Fray Bartolomé de las Casas, que visita el convento de San José, hará que la Madre caiga en la cuenta del sufrimiento de tantas criaturas, maltratadas por ambiciosos colonizadores en el Nuevo Mundo, necesitadas de evangelizadores que les permitan descubrir su grandeza y dignidad como hijos de Dios. En carta a su hermano Lorenzo, en Quito, escribirá:

«...Esos indios no me cuestan poco [...] que como ando en tantas partes y me hablan muchas personas no sé muchas veces qué decir sino que somos peores que bestias» (Cta. 17 enero 1570, 20).

Teresa se aflige impotente y será el mismo Dios quien le infunda ánimo con su palabra: «Espera un poco, hija, y verás grandes cosas». No podía saberlo aún, pero ella sería la causa de que muchos hombres y mujeres fueran evangelizados en los cinco continentes.

Tras cinco años, “los más descansados” de su vida -como ella afirma-, la Madre recibe al P. General Juan Bautista Rubeo, de visita por España. Este se mues-

tra impresionado de la vida que llevan en San José y le pide que funde otras muchas comunidades bajo la misma regla: “deseaba fundase tantas como tengo cabellos en la cabeza” (F 27, 20).

Antes de marcharse de España, a petición de Teresa, Rubeo accederá también a que se funden dos monasterios masculinos. No solo para que pudieran atender espiritualmente a las hermanas. La fundación de los frailes descalzos es la continuación de un único proyecto fundacional, vinculado a la experiencia carismática teresiana: «me parecía, como quien tiene un gran tesoro guardado y desea que todos gocen de él» (F 1,6).

Su condición femenina no le permitía realizar tareas apostólicas. Predicar, enseñar, catequizar, era algo reservado en su tiempo a los varones, a los letrados. Teresa, que sentía con hondura el deseo de compartir el don recibido, entiende que este sueño se podría hacer realidad con las comunidades de frailes descalzos.

Fue providencial el encuentro con Juan de la Cruz. Teresa buscará contagiar en el joven carmelita, tentado de abandonar la Orden para pasar a la Cartuja, el mismo espíritu que tenían sus

conventos. Lo llevó a Valladolid, como si de un novicio se tratara para enseñarle «toda nuestra manera de proceder, para que llevase bien entendidas todas las cosas, así de mortificación como del estilo de hermandad y recreación que tenemos juntas; que todo es con tanta moderación, que solo sirve de entender allí las faltas [necesidades] de las hermanas y tomar un poco de alivio para llevar el rigor de la regla» (F 13, 5).

Tras el experimento inicial de Duruelo, la segunda comunidad masculina será la de Pastrana, que conocerá un gran florecimiento, pero vivirá un estilo muy desviado del que Teresa soñaba. El desequilibrio vendría de la mano del rigor, la gran obsesión de todas las reformas. Leemos en una de sus cartas, dirigida a Ambrosio Mariano: «Si tomara mi parecer, era mi intento el desear que entrasen buenos talentos, que con mucha aspereza se habían de espantar» (Cta. 12 diciembre 1576, 5).

Por eso, la Madre acogió con alegría la presencia en la Orden de Jerónimo Gracián, hijo de un secretario de Felipe II, que llegaría a ser el primer provincial una vez alcanzada la independencia con respecto a los Calzados. Humanista, culto y dotado de celo apos-

tólico, potenció la formación de los frailes frente a quienes querían que los descalzos fueran solo ásperos ermitaños y apostó por abrirse a las misiones en África.

Teresa, fundadora incansable de diecisiete monasterios, recorrió más de seis mil kilómetros por los infames caminos de la España del siglo XVI, hasta ganarse este reproche del Nuncio Felipe Sega, que hoy vemos más bien como un elogio:

«Fémina inquieta y andariega, desobediente y contumaz, que a título de devoción inventa malas doctrinas, andando fuera de clausura, contra la orden del Concilio Tridentino y de los Prelados, enseñando como maestra contra lo que S. Pablo enseñó mandando que las mujeres no enseñasen».

Sus conventos eran células autónomas, pero fuertemente vinculadas entre sí. La Madre se encargaba de estrechar esos lazos con su presencia y sus cartas, y con monjas que tomaba de unas casas para abrir otras nuevas, multiplicando comunidades desde las que se ora y se vive en fraternidad. Comunidades alternativas, signo de que otro mundo es posible.